

Sur: empresa cultural y refugio de una escritora, Victoria Ocampo

Por Liliana Vera

Resumen

La desigualdad entre los sexos fue una construcción sostenida desde la antigüedad clásica y consistió en argumentar racionalmente acerca de la naturaleza inferior de las mujeres. Las producciones filosóficas, ilustradas y modernas, aportaron un denso aparato crítico al respecto. De tal modo que el siglo XX encontró a las mujeres relegadas al espacio privado y en condiciones sociales y jurídicas de subalternidad.

En Argentina hubo, a comienzos de aquel siglo, organizaciones feministas que bregaron por elevar al *status* de ciudadanas a las mujeres. Respecto de esta problemática, cabe distinguir en Victoria Ocampo su participación en la Unión de Mujeres Argentinas y las contribuciones personales dentro de la publicación de la revista *Sur*. En ellas se puede apreciar tanto a la mujer anclada a la historia del país, a su familia y a su ciase, en pugna constante con la mujer dislocada, irreverente a los prejuicios e intolerante a los despropósitos democráticos que les negaban derechos a las mujeres. En cualquier caso, siempre consciente de las desventajas de su sexo en la consecución de proyectos hasta entonces sólo pensables a escala varonil.

Abstract

The inequality between sexes was a construction supported since classic antiquity and consisted in argue rationally about lower nature of women. The philosophical productions, illustrated and moderns, granted an important critical apparatus on the matter. At this rate century XX found women confined to private space with social and juridical conditions of inferiority.

At the begirming of that century existed, in Argentina, feminists organizations that fought about raise to citizen's status to women. In regard to this problem, Victoria Ocampo had an important participaron in the Argentines Women's Union and she contributed to *Sur* magazine's publication. In her personal

contributions we can appreciate a woman held on to her country's history, her class and her family, but also we can see a woman rebellious, irreverent to prejudices and intolerant to absurdities democratic that denied rights to women. Nevertheless, Victoria Ocampo always was conscious of disadvantages of being a woman to get projects, which, in that moment, only were possibles for men.

Sur: empresa cultural y refugio de una escritora, Victoria Ocampo

El ensayo ha sido en América Latina el género literario más frecuentado, porque habilita ciertos márgenes de flexibilidad que una escritura joven, es decir sin tradición, requirió en sus comienzos. Fue esa flexibilidad, precisamente, la que abrió una serie de matices que van desde un tono personal a los intentos de producir un texto desprovisto, en cuanto sea posible, de notas subjetivas.

En el marco del ensayismo latinoamericano de fines del siglo XIX y hasta mediados del XX, la contribución de las mujeres ha sido significativa, no obstante, fueron sistemáticamente excluidas a la hora de los balances literarios. El esfuerzo de salvar de la desmemoria a esas mujeres y de valorar sus producciones, es relativamente reciente.

La energía puesta en invisibilizarlas, en cambio, es de larguísima data. No pretendemos presentar aquí un recorrido detallado que muestre cómo se fue construyendo la desigualdad y con ella el veto a la escritura pública como forma legítima de expresión femenina, sino tan sólo mencionar algunos momentos, y a algunos pensadores clave, con la intención de apreciar la densidad de la trama heredada por las mujeres escritoras en cualquier sitio de occidente y en particular en América Latina a comienzos del siglo XX.

La desigualdad heredada

La cultura occidental puede encontrar sus primeros rastros de la construcción de minusvalía femenina en la filosofía antigua. En la Grecia clásica, las mujeres-tanto como los esclavos, niños e idiotas- estaban impedidas para conseguir cualquier tipo de bienes y, entre los varones, quienes no fueran propietarios no tenían derecho a la «palabra», es decir, a expresarse públicamente.

A estos seres desposeídos, «los otros», sólo les era dada la «voz» que los habilitaba para expresar el placer y el dolor. Mientras que, a través de la *palabra* los hombres propietarios, es decir los libres e iguales, discurrían sobre el bien, lo justo o lo injusto, la equivalencia.

Es decir que, la igualdad estaba restringida a la relación entre «iguales». Al mismo tiempo se estableció como principio «natural» el orden jerárquico que hacía débiles a «los otros» y fuertes a los «iguales». Esta superioridad ejercida según el orden «natural», organizó y fijó, el tipo de relaciones posibles entre

excluidos e incluidos y estableció un equilibrio asimétrico que lograba borrar la operación misma que lo engendraba. La «naturaleza subalterna de las mujeres» fue una institución temprana en la cultura occidental a partir de la cual se derivaron roles y espacios que fueron decisivos para la organización de cierto orden social.

Dentro de este orden el tipo de trabajo¹ reservado a las mujeres estaba vinculado a la producción de bienes que se consumían, por lo tanto ellas no se proyectarían más allá del tiempo que duraran sus vidas. Las cosas «imperecederas», como las escrituras, fueron privilegio de los varones libres. La *palabra*, como expresión de la racionalidad, quedó reservada para ciertos varones que tenían en sus manos el destino de la ciudad.

Ese orden que simulaba ignorar el conflicto gestado se presentaba como el bien común y tenía la apariencia de ser la ventaja de cada uno sin afectar a nadie. Es decir, que la igualdad formal se impuso a costas de soterrar las operaciones que construyeron un orden social materialmente desigual fundado en el respeto a la «naturaleza» y fue en nombre de esa «naturaleza» que los varones se autoasignaron la producción de los bienes culturales.

Un segundo momento muy significativo lo encontramos a partir de la Ilustración. Nos interesa, en particular, estos dos momentos históricos, porque fue en nombre de la «democracia» que se operaron estas exclusiones.

Los extraordinarios cambios habidos en el orden social y político hacia fines del siglo XVIII impactaron en el aparato crítico moderno cuya mayor preocupación fue sentar las bases de una sociedad democrática que nuevamente hizo foco en la «naturaleza femenina», las causas «objetivas» de la exclusión de las mujeres de todo ámbito que no fuera el doméstico.

De la mano del potencial racional de los hombres, expresado de manera particular en las ciencias, el futuro se presentaba como promisorio y brillante. Sin embargo, no todos estaban igualmente dotados de esta capacidad, que sólo residía en ciertas mentes masculinas: blancos, propietarios e ilustrados.

Una vez más, los «otros» sólo poseían lo que la «naturaleza» les ha provisto, y la «naturaleza» quiso de las mujeres descendencia; las dotó para la reproducción

¹ Arendt, H. *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós, 1993.

humana y social y a eso debían abocarse; «no tienen capacidad racional para conceptuar ni teorizar» sostenía el filósofo alemán Kant² y Rousseau³ consideraba que de ser sometidas al esfuerzo de aprendizaje, podrían incluso morir; por nombrar tan sólo dos ejemplos destacados de la época. Más avanzado el período, el acento ya no fue puesto en la naturaleza; esa máscara dio paso a la de la utilidad. Tanto Locke como Hobbes consideraron que las mujeres no eran por naturaleza inferiores, sino que a la sociedad le convenía su subalternidad⁴.

Si bien la balanza se inclina considerablemente del lado de quienes veían en las mujeres a seres minusválidos, hubo también algunas excepciones como las de Charles Fourier⁵ y John Stuart Mill. Mill destacó como ningún otro, la importancia de restituir la *palabra* a las mujeres:

Podemos decir con toda seguridad que el conocimiento que los hombres puedan adquirir sobre las mujeres, lo que han sido y lo que son, sin ninguna referencia a lo que podrían ser, es desgraciadamente imperfecto y superficial y lo será siempre hasta que las mismas mujeres no hayan dicho todo lo que tienen que decir⁶.

Nos aproximaremos ahora brevemente a las características del imaginario social argentino a comienzos del siglo XX, con el interés de reconocer las marcas de las concepciones presentadas hasta aquí.

Mujeres en el imaginario social argentino de comienzos del siglo XX

Inmediatamente nacemos, comenzamos a formar parte de una determinada organización social, cuyo sistema de creencias y significaciones nos será transferido. Esa trama delimitará, en buena medida, la concepción que tengamos del mundo, de los otros seres y de nosotros mismos; visiones compartidas que se transmiten a través de instituciones, entre las que destacan la familia, la escuela, la iglesia.

² Kant, E. *Anthropology du point de une pragmatique*. Pans, Vrin, 1964.

³ Rousseau, J.J. *Emilio o De la educación*. Cap. V *Sofía, o La Mujer*. Madrid, Alianza, 1993.

⁴ Jónasdóttir, A. El poder del amor ¿Le importa el sexo a la democracia? Barcelona, Cátedra, s/d. p. 266, señala Jónasdóttir que «*lo que resultó tan opresivo para las mujeres en la nueva y poderosa metáfora de la Modernidad, fue la adjudicación de derechos que se hicieron los hombres a sí mismos de derechos utilitarios sin restricciones frente a las mujeres, y que la definición de inferioridad natural de las mujeres fue de importancia secundaria*».

⁵ Fourier, Charles. *El Falansterio*. Bs As, Editorial Intermundo, 1946, p 242: «*(...) Dios no reconoce por libertad sino la que se extiende a los dos sexos y no la de uno de ellos; así quisiera que todos los gérmenes de los horrores sociales, salvajismos, barbarie, civilización, no tuviesen otro eje que la servidumbre femenil y que todos los gérmenes del bien social (...) no tuvieran otro eje ni otra base que la manumisión progresiva del sexo débil*».

⁶ Mill, John Stuart. *The Subjection of Women*. Londres, Everyman's Library, 1977.

La transferencia de imágenes socialmente **construidas nos hace aprender lo** que podemos y lo que no podemos hacer, lo que se espera socialmente que hagamos mejor y lo que no deberíamos hacer de ningún modo.

Antes de que podamos reflexionar respecto de las ideas presentes en nuestra forma de concebir el mundo y de concebirnos en él, habremos adquirido un cierto formato en consonancia con el sistema de creencias de la sociedad en la cual crecemos.

No obstante, es posible introducir cambios en el orden impuesto que no serán repentinos sino el resultado de confrontaciones sostenidas en el tiempo. En este sentido las vanguardias presentan un doble valor ya que encabezan el proceso de desnaturalización del orden imperante y aunque reducidas normalmente a pequeños grupos expresan un cierto estado mayor de descomposición del orden.

A diferencia de los razonamientos lógicamente consistentes; distintas, e incluso contradictorias imágenes pueden coexistir en el imaginario de una época, sobre todo cuando se trata de un tiempo de transformaciones, como lo fue el paso del siglo XIX al XX en Argentina. De tal modo que las imágenes de mujer que circulaban en este período estuvieron marcadas por las diferencias ideológico-políticas entre conservadores, liberales, socialistas y anarquistas.

Los conservadores se mantuvieron aferrados a las funciones de las mujeres en la familia burguesa y concibieron toda posibilidad de cambio como un ataque directo y letal a la integridad de la más radical de las instituciones: la familia.

Entre los liberales, algunos advirtieron que la condición de minusvalía o vil y política de las mujeres era ya insostenible en una sociedad que se preciaba de progresar en otros órdenes; pensaban que el sojuzgamiento de la mitad de la sociedad se correspondía más bien con un estado de barbarie.

Por su parte, los socialistas fueron defensores del reconocimiento de derechos para las mujeres ya que sobre ellas pesaban extraordinarios deberes.

En cuanto a los anarquistas, consideraban que el problema era ante todo un conflicto de clases y que la liberación de las mujeres llegaría como consecuencia de la revolución proletaria.

Las escasas mujeres que reclamaban públicamente el reconocimiento de derechos formaban parte del socialismo, del librepensamiento, o sostenían ideas liberales. Más allá de las diferencias ideológicas, la maternidad como condición connatural a las mujeres gravitó sobre todas ellas y constituyó un *apriori* de época que trascendía las fronteras nacionales. Se representaban a sí mismas como depositarias de la gran responsabilidad de construir una sociedad nueva, justa, moralmente sana y enemiga de las guerras, a través de la indelegable función educativa de sus hijos. Cabe señalar también, que el ideario de las mujeres reformistas guardaba estrecha relación con los movimientos emancipatorios internacionales que luchaban particularmente por el derecho al sufragio.

No obstante, en los años de juventud de Victoria Ocampo la representación preponderante era la de una mujer dependiente que tenía como destino el matrimonio. Subordinada a los mandatos del padre primero y luego del marido, debía permanecer dentro del ámbito doméstico cumpliendo los deberes de esposa y madre que la «naturaleza» imponía. Por supuesto que estas condiciones sólo podían ser sostenidas por las mujeres de clase alta y media. Las de la clase subalterna trabajaban necesariamente fuera de sus hogares, lo cual significaba mayores cargas para sus inamovibles responsabilidades de esposas y madres.

Estas imágenes atávicas contrastaban con las de la «nueva mujer». Las que tenían oficios o las que alcanzaban estudios universitarios demandaban el derecho a practicar libremente sus profesiones y disponer de sus ganancias. Aunque debieron contar con el consentimiento del marido hasta la conquista de derechos civiles, y las casadas aún después de ellos, el ejercicio de distintos modos de expresión y la presencia pública de las mujeres fue cada vez más frecuente.

En cualquier caso, las imágenes que más pesan son las heredadas por estar férreamente inscriptas en las subjetividades, de modo tal que las mujeres que buscaban la emancipación no sólo debían enfrentar la resistencia de la sociedad, sino que frecuentemente eran el campo de batalla de sí mismas. En este sentido, la imagen maternal, que atravesó los distintos universos, fue la clave argumental para sostener tanto la dependencia como para impulsar la autonomía de las mujeres.

Los conservadores recurrían a ella para justificarla reclusión de las mujeres en el espacio privado y los /as reformistas, para hacer patente la necesidad de otorgar a las mujeres plenos derechos.

Victoria Ocampo y la expresión escrita

Victoria Ocampo nació en 1890 y asistió a la gran transformación de nuestro país, con la cual tendrían que ver durante un tiempo más sus parientes como lo habían tenido, desde la Revolución de Mayo. En el primer volumen de su *Autobiografía*, dice:

« (...) Iba yo a oír hablar de los 80 años que precedieron a mi nacimiento, y en que los argentinos adoptaron ese nombre, como asuntos de familia. La cosa había ocurrido en casa, o en la de al lado, o en la casa de enfrente: San Martín, Pueyrredón, Belgrano, Rosas, Urquiza, Sarmiento, Mitre, Roca, López... Todos eran parientes o amigos»⁷.

La clase social a la cual pertenecía se representaba a sí misma como la fundadora de la patria y gestora de los valores de la nacionalidad, concebidos como atemporales.

Hacia el final del prefacio a ese primer tomo de la *Autobiografía*, expresaba una cierta perspectiva que puede pensarse como central a la hora de tomar la decisión de gestar la revista *Sur*, allí decía:

«Dentro de otra esfera, en condiciones muy diferentes, yo también he tratado de negociar un reconocimiento. Tal vez habré fracasado, como fracasó don Manuel Hermenegildo (bisabuelo materno) en su misión diplomática (en los Estados Unidos, 1817) Pero como él y con él puedo repetir: no pido una limosna, sino un acto de justicia. Don Manuel Hermenegildo trajo de Estados Unidos barcos y armas, yo soñé con traer otros veleros y otras armas, para otras conquistas. Y viviendo mi sueño traté de justificar mi vida. Casi diría de hacérmela perdonar»⁸.

Nos interesa considerar en particular la tensión constantemente presente en sus ansias de llegar a ser aceptada en el campo intelectual como escritora y, como contraparte, su autolimitación y repliegue frente al admirado talento ajeno. En este sentido creemos que *Sur* resultó ser para ella un refugio. *Sur* fue su casa, o más bien su casa albergó a *Sur*⁹ y escribió allí, en un tono confidencial que la aligeraba de ciertos rigores literarios que no creyó haber alcanzado.

⁷ Ocampo, Victoria. *Autobiografía I. El archipiélago*. Bs As, Ed. Revista Sur, 1979. pp 10-13.

⁸ *Ibidem*, p 15.

⁹ Ocampo, V. *Páginas dispersas de Victoria Ocampo*. Bs As, Sur, enero-diciembre 1985, p. 38.: *Sur empegó su vida en un modestísimo cuartito de mi casa.(...)Era un Sur hogareño. Cuando me mudé por un año(...) Sur me siguió allí*

Podemos ver en Victoria Ocampo a la mujer anclada a la historia del país, a su familia, a su clase social en pugna constante con la mujer dislocada, irreverente a los prejuicios e intolerante a los despropósitos democráticos que les negaban derechos a las mujeres. Pero siempre con una claridad respecto de las dificultades propias de la condición de mujer:

(...)» *Sé, por experiencia propia, lo mal preparada que está actualmente la mujer en general y la sudamericana en particular, (...). No tiene ni la instrucción, ni la libertad, ni la tradición necesaria. Y me pregunto cuál es el genio que puede prescindir de estas tres cosas a la vez y hacer obra que valga*¹⁰.

La convicción de que tanto le faltaba, la acompañó en cada acto y ni los insistentes halagos a su belleza y destreza literaria, y aunque ambiguamente también a su inteligencia, que durante años le hizo conocer Ortega y Gasset, la quitaban del sitio de inseguridad y desconfianza de sí; tampoco las membresías y premios recibidos por su contribución a las letras argentinas.

Primeras experiencias literarias de Victoria Ocampo

Las niñas de la clase social de Victoria Ocampo a principios del siglo XX no asistían a las escuelas, pero no se las mantendría ignorantes, ciertos saberes debían adornar su belleza juvenil para cuando estuvieran en condiciones de casarse.

En el caso de las niñas Ocampo, el interés en una formación que no fuera simplemente ornamental estuvo a cargo de una tía abuela amadísima, también llamada Victoria Ocampo, amiga personal de Sarmiento. Ella buscaba las mejores institutrices extranjeras, y controlaba personalmente el proceso. Entre las actividades formativas, sólo una apasionaba a Victoria: la lectura. Mediante la lectura, las niñas podían escapar a los límites que constantemente presentaba la realidad. Se podía viajar sin compañía, pensar sin censura e imaginar un destino personal. En cuanto a la escritura les estaba reservada, casi exclusivamente, la comunicación epistolar que supone un vínculo íntimo y reservado con otro.

Como en otras ocasiones Victoria no aceptó pasivamente restricciones y su primera experiencia pública como escritora fue un artículo publicado en *La Nación* en 1920: *Babel*. Para los escritores jóvenes y de su status social, publicar en *La Nación*, era un rito de iniciación literaria. Desde su primer encuentro con la

¹⁰ Ocampo, V. *Testimonios. Segunda Serie, 1937-1940. La Mujer y su expresión, 1916*. Bs As, Ed. Sur, 1984.

Divina Comedia no dejaba de leerla con pasión. Por aquellos años, se recordaría el sexto centenario de la muerte de Dante, a quien ella consideraba - además de genial - su hermano y su alma gemela; única capaz de acompañarla por los laberintos de la condición humana.

En aquellos momentos Victoria vivía una relación amorosa prohibida; comentar *La Divina Comedia* representaba, no un gesto pretencioso, sino la búsqueda de una salida a su drama personal: «*Yo vivía Dante, no lo leía*»¹¹ En estas circunstancias escribió también *De Francesca a Beatrice* y recibió, particularmente de Paul Groussac, por entonces director de la Biblioteca Nacional, descalificación sin ningún elemento que la ayudara a comprenderla. Groussac sólo le recomendó que no siguiera por el camino de los clásicos y que más bien se orientara por una problemática más a su alcance, más *personal*. Es evidente que este descrédito la afectó profundamente porque lo recordará al detalle en cada discurso pronunciado en ocasión de recibir una distinción.

Más tarde, su propio juicio respecto de estos intentos fue muy crudo:

*«Escribía mal, como una ignorante que era y soy aún...; si bien lo que yo había querido decir en Babel probaba inteligencia, la forma en que lo había dicho no estaba a la altura de lo que intentaba expresar. El fondo de mi pensamiento era firme, la forma insegura le quitaba fuerza»*¹² .

Hacia finales de la década del '20, Victoria se fue distanciando del ensayo clásico y dio paso a los testimonios y las cartas, estilo que realizó de manera notable. Gabriela Mistral¹³ destacaba al respecto, que los *Testimonios* de Victoria Ocampo dejaban al descubierto un tejido íntimo¹⁴, lograba hacer un corte transversal para dar a conocer una trama en la que pueden reconocerse los hilos más delgados. Ella reconstruía con minuciosidad cada escenario y el tono iba adquiriendo el carácter de una confesión en donde subyacía una culpa que se aligeraba. En la *Autobiografía* comentaba que su más temprana experiencia como

¹¹ Ocampo, V. *Autobiografía. III. La rama de Salzburgo*. Ed. Revista Sur, 1981. pp 95- 98,

¹² *Ibidem*, p 75.

¹³ Ocampo, V. *Testimonios*. Series sexta a décima. Bs As, Sudamericana, 2000. *Mujeres en la Academia* p. 220; Victoria evoca palabras de Mistral: «(...) *lo que más ata a usted es su veracidad; Su cultura, etcétera, me la puede dar... otros en Europa; su verdad, su violencia vital no me la da nadie. Es el estilo americano más de intemperie que sea dable*» Victoria continúa; *Sé que ella lo pensaba. Es la única carta de recomendación que quiero ofrecerles*.

¹⁴ Mistral, G. *Victoria Ocampo*, en SCARPA, Roque (comp) *Gabriela piensa en...* Santiago de Chile, Andrés bello, 1978. .

escritora, siendo una niña, fue el resultado de un acto que consideró injusto. Para liberar la furia que estas situaciones le causaban, escribió lo que no podía decir. Entonces descubrió que para ella *escribir era un alivio*.

Más adelante *Sur* representaría también una especie de resguardo donde poner a prueba su audacia y sus miedos, sus contradicciones y agudezas, las sinrazones de la época y su posición personal frente a enormes temas: la guerra, el fascismo, la situación de la mujer, el lugar de América Latina en el universo literario, el peronismo.

Victoria declinó ser una esposa tradicional e incluso ser madre, es decir que no cumplió con los mandatos patriarcales, sino que depositó en la escritura y en la dirección de *Sur* todas sus ansias de proyección.

En 1936, cuando fue invitada en España a dar una conferencia radiofónica¹⁵, sostuvo que durante siglos la conversación entre el hombre y la mujer fue en realidad un gran monólogo varonil, sin derecho a la interrupción. De tal modo que, a partir del diálogo a solas, los hombres han organizado la sociedad, ignorando el otro punto de vista y las mujeres se han resignado a esto, en gran medida.

Sin embargo, el siglo XX para ella, era una prueba, no sólo de todo lo que las mujeres podían decir y hacer, sino del peso social, en el más amplio sentido, que tenía el reconocimiento de su participación. Por eso respondió de manera vehemente a Sábato, luego que éste publicara, en *Sur* precisamente. *Sobre la metafísica del sexo*, en 1952. Allí Sábato reflejaba aquellas imágenes ancestrales para los roles de ambos sexos. La visión de Sábato ofuscó tanto a la mujer que había en Victoria, como a la *dueña de casa* de *Sur*.

En 1965 recibió el premio María Moors Cabot, otorgado en Nueva York a la publicación *Sur* y dijo: «Le debo pues al premio María Moors Cabot mucho más que el honor de recibirlo. Le debo un sentirme capaz de creer que no existe esfuerzo vano, aunque lo parezca (...)»¹⁶ El esfuerzo al que se refería incluía el sostener la publicación, para entonces durante 34 años, con altos costos económicos y en particular en el contexto político de la década peronista, gobierno con el cual mantuvo una abierta confrontación, lo mismo que muchos de sus colaboradores; basta con recordar las acidas críticas de Borges.

¹⁵ Ocampo, V. *Testimonios Segunda serie.1937-1940. La mujer y su expresión*. Bs As, Ed. Rev. Sur, 1984.

¹⁶ Ocampo, V. Páginas dispersas de Victoria Ocampo. Bs As, Ed. Sur, enero-diciembre 1985 p.97.

Cada vez que recibió distinciones, Victoria Ocampo comenzó por justificarse sosteniendo que las aceptaba en nombre de las mujeres que habían bregado y bregaban todavía, por cambiar el injusto orden en el cual las sociedades las colocaban, privadas de derechos y en condiciones desiguales en cualquier carrera. Sostenía que el hecho de que se le entregara por primera vez a una mujer representaba un logro colectivo. Al recibir el Premio Vaccaro (1966), otorgado también por primera vez a una mujer en nuestro país, por el diario *La Nación*, significaba un reconocimiento a los esfuerzos de todas las mujeres que durante el siglo XX habían trabajado para ello, porque así como Gabriela Mistral¹⁷ le escribió una vez, «*He maseado piedras con encías de mujer*», Victoria Ocampo consideraba que todas las mujeres que enfrentaron las limitaciones que las sociedades les imponían, conocían la precisión de la metáfora. En este sentido se incluye; y afirmaba que era por su fortaleza para sostenerse en pie, y no por sus méritos intelectuales ni literarios, que se sentía autorizada a recibir premios.

Y de hecho, a más de 25 años de su muerte, se la recuerda como difusora cultural y no como ensayista. El tipo de ensayo frecuentado por ella está marcado por la denuncia y tratamiento de la injusta desigualdad en la que estuvieron sumidas las mujeres, particularmente hasta mediados del siglo XX. Estas fueron preocupaciones centrales en la escritura de Victoria Ocampo, más allá del estilo, de los temas ocasionales y de los diversos tonos a través del tiempo.

Su escritura estuvo atravesada por la necesidad personal de encontrar un modo de expresión que le fuera propio a las mujeres. En este sentido llama la atención que Sudamericana, una editorial que nació de la iniciativa de Ocampo entre otros, haya publicado recientemente las diez series de sus Testimonios, en dos tomos, «seleccionando» temas. El encargado de la selección, prólogo y notas, Eduardo Paz Leston no comunica el criterio empleado, pero no se considerará menor el hecho de que allí se escamotean los artículos donde planteó más abiertamente su posición feminista. Esta situación nos recuerda el ensayo de Victoria Ocampo sobre el diario de Virginia Woolf, al cual califica de «expurgado», porque Leonard Woolf, marido de Virginia, publicó este diario, seleccionando entre 26 volúmenes, 365 páginas que dio a conocer no como un diario personal, sino como el *Diario de una escritora*¹⁸. Si bien la censura de Leonard Woolf parece haber tenido otros móviles, la reedición de los *Testimonios* de Ocampo también ha sido «expurgada».

¹⁷ Ocampo, V. *Testimonios. Séptima Serie*. Bs As, Sur, 1967.

¹⁸ Ocampo, V. *Virginia Woolf en su Diario*. Bs As, Ed. Sut, 1954, p. 11.

A propósito de Virginia Woolf, la carta que le dirige Victoria Ocampo y que constituye el prefacio a los *Testimonios, primera serie*, da una dimensión del impacto que la inglesa tuvo en ella. Cuenta allí el primer encuentro, su deslumbramiento frente a la gran escritora y su intento personal de descubrir el secreto; de encontrar las llaves del reino que pudieran conducirla, a ella también, al tesoro de la escritura; pero nadie puede facilitar a otros esa llave.

No obstante hay un aspecto relativo a la experiencia de escritura de las mujeres, en el que no están de acuerdo: para Virginia Woolf la escritura perfecta debía superar las diferencias entre los sexos, debía ser andrógina, producto de la búsqueda de lo femenino en los hombres y de lo masculino en las mujeres, para Woolf, la escritura marcada por la cólera manifestaba la debilidad de las mujeres.

Victoria aceptaba parte de la recomendación: las mujeres debían expresarse porque tenían mucho que decir y para ello deberían evitar la autocensura, pero le responde;

«Mi única ambición es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero como una mujer. (...) entiendo que una mujer no puede aliviarse de sus sentimientos y pensamientos en estilo masculino, del mismo modo que no puede hablar con voz de hombre»¹⁹.

Acordaba con Woolf en que las mujeres no escribirían bien hasta que no dejaran de preocuparse por hacerlo, pero para Victoria Ocampo escribir como mujer era mostrar el desgarro, la pasión, la falta de experiencia impuesta por la sociedad. En sus términos: *No sólo la perfección conmueve*²⁰

Vivir y escribir en una sociedad patriarcal era tener ya cierto valor y requería de energías. El proyecto de una escritura totalmente ajena a las carencias en las cuales crecía una mujer, por ser tal, no estuvo entre los intereses de Victoria Ocampo, porque hubiera sido una forma de mutilación en el discurso femenino de lo que las mujeres tienen para decir y deben decir.

¹⁹ Ocampo, V. *Testimonios. Primera serie*. Madrid, Rev. de Occidente, diciembre de 1934.

²⁰ *Ibidem*.

Sur

La efectiva aparición de *Sur*²¹ en 1931 tuvo mucho que ver con la insistencia de Waldo Frank, escritor norteamericano, con experiencia personal en la publicación de una revista, *Seven Arts*, de corta duración pero de gran peso intelectual en su país.

Unos años antes, 1929, Frank visitó Buenos Aires y dictó una serie de conferencias y charlas, que significaron cierto descubrimiento de la literatura norteamericana para los argentinos interesados en las letras y mucho más familiarizados con las letras europeas. El joven argentino Eduardo Mallea fue su traductor.

A partir de entonces, Ocampo y Frank, mantuvieron un vínculo que duró décadas. Tanto Frank como Mallea emprendieron el trabajo de convencer a Victoria Ocampo para que iniciara la titánica tarea de publicar, y sostener en el tiempo, una revista literaria del mejor nivel intelectual en América del Sur.

Al joven Mallea lo alentaba la búsqueda de una identidad para el país que se debatía entre el reconocimiento de las tradiciones europeas y la necesidad de encontrar una forma de expresión propia para el colosal continente americano.

Entusiasmada pero insegura, Ocampo tanteaba la opinión legitimada de Ortega y Gasset:

*«He aquí mi proyecto: publicar una revista que se ocupe principalmente de problemas americanos, bajo varios aspectos, y donde colaboren americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen en América. El leitmotiv de la revista será ese, pero, naturalmente, tratará también otros temas»*²².

Por aquellos años, ella atravesaba una época de aislamiento afectivo, crisis de modelos e imperiosa necesidad de saldar la insuficiente formación personal que

²¹ La Revista Sur se publicó regularmente desde 1931 y hasta 1970 y continuó con publicaciones semestrales hasta después de la muerte de su fundadora en 1979. Se mantuvo dentro de ciertos lineamientos literarios que no se desentendieron del cambiante contexto político argentino. El contenido de la revista estuvo marcado por cuatro períodos histórico-políticos: las divisiones ideológicas de los 30; la Segunda Guerra Mundial; el primer peronismo; el golpe del 55. El grupo Sur estuvo conformado por: J.L. Borges, A. Bioy Casares, S. Ocampo, E. Pezzoni, E. González Lanuza, E. Mallea, H. A. Murena, A. A. Erro, entre otros.

²² Ocampo, V. *Páginas (dispersas de Victoria Ocampo)*. Bs As, Sur, enero-diciembre 1985, p. 38.

la obsesionaba. Ser mujer y carecer de tradición intelectual familiar, nacional y continental fueron lastres para sus inquietudes literarias.

A lo largo de sus múltiples referencias a la revista es posible apreciar cuánto reconocía, al menos verbalmente, la tarea de cada miembro del grupo, pero también, y sobre todo, cuánto consideraba «suya» a la revista. No porque lo fuera económicamente, sino porque su vida entera pendía de ese proyecto.

En las celebraciones por los 35 años de la publicación *Sur*, Victoria consideraba que había emprendido la tarea siendo una autodidacta (sinónimo de ignorante, según ella aplicaba el término a sí misma) y completamente inexperta. Rescataba como sus méritos la constancia y el tesón de una muía.

Hacia el final de su vida, no dejaba pasar oportunidades sin explicitar su defensa permanente de los cambios necesarios en la vida de las mujeres. Sus anticipados balances del siglo, le permitieron ver cuántas ocasiones de expresión tenía el talento femenino hacia fines de los 70.

Sin embargo, mucho faltaba las costumbres pesaban y las mujeres se veían constantemente ante la disyuntiva de sostener antiguos roles y de asumir los nuevos, para terminar cargando con ambos.

La última distinción recibida por Victoria Ocampo fue su incorporación a la Academia Argentina de Letras. Siguiendo un uso, casi un ritual, ella comenzó desconociendo sus méritos. Tal vez no fuera esto más que un gesto vanidoso, aunque en aquella ocasión dijo: *...lo poco que he hecho, y no digo poco por falsa modestia, sino porque tenía planes más ambiciosos...* Creemos más bien que allí podría estar la clave: su autoexigencia y la pesada carga de lo que nunca pudo considerar una buena formación. Los modelos ejemplares, con los cuales se medía, pertenecían a tradiciones intelectuales centenarias, con respecto a ellos no sentía ser más que «una flor exótica de lejanos parajes», como lo era para Virginia Woolf, o una Gioconda de la Pampa, como la llamaba Ortega y Gasset.

Mujer y latinoamericana, no alcanzaba toda su riqueza económica para aproximarse a aquella otra riqueza, que a fuerza de deseársela tanto, eclipsaba todos los privilegios que la otra habilitó; particularmente los relativos a los contactos con las admiradas tradiciones intelectuales europeas.

Escribió y actuó asumiendo su condición de mujer, pero apenas podía

contener la furia que le causaban sus desventajas. Todo había sido más difícil, los caminos más escarpados, los logros más deslucidos. Cuando fue incorporada a la Academia Argentina de Letras, a los 87 años y habiendo dirigido una Revista de peso intelectual y de duración musitada, en esa oportunidad dijo: « *Soy una autodidacta, francotiradora en el terreno de las letras*».

Palabras finales

La tradición moderna impuso como voces autorizadas del discurso literario a las masculinas. Es por esto que las mujeres que ingresaban al campo iban buscando caminos alternativos, siempre en tensión y redoblando esfuerzos para cumplir a la vez con los requisitos del discurso institucionalizado y con la producción de un contradiscurso que permitiera construir un espacio propio.

Victoria Ocampo nació en tiempos de minoridad femenina; hasta 1926 el conjunto de las mujeres no tenía derechos civiles en la Argentina y no tuvo derechos políticos hasta 1947. Creció y participó en la avanzada de las argentinas por esos derechos; vivió lo suficiente como para conocer «la Segunda Ola» del feminismo después de los '60; sin embargo no parece haber alcanzado nunca cierta conformidad consigo misma.

Cuando conoció a Susan Sontag, en París en 1975, tenía 85 años. Vio en ella a la generación que creció en las nuevas condiciones gestadas por la generación anterior. Calculó y dijo:

«Susan tendría unos 20 años en 1955, yo cumplí los míos en 1910. Entre dos mujeres del siglo XX, cuarenta y cinco años equivalen a enormes diferencias en cuanto a posibilidades, circunstancias, experiencias, educación, libertad. Su inteligencia tenía el resplandor de las piedras preciosas bien talladas y limpias, (...) sé que aún son raras entre nosotras las piedras bien talladas, y comunes las que han quedado en bruto o casi»²³.

Tanto la figura de Victoria Ocampo, como la Revista *Sur*, pueden ser abordadas desde diversos ángulos. Algunos potencialmente más ricos que otros. Aquí nos interesó, por una parte, pensar la escritura testimonial de Victoria Ocampo como la emergencia del conflicto entre sus anhelos como escritora, la vivencia de su

²³ Ocampo, V. *Testimonios. Décima serie, 1975-1977*. Bs As, Sur, 1978.

condición de mujer como limitante y la necesidad imperiosa de escribir, aunque fuese con reticencias. De qué otro modo podía escribir una mujer, nacida en América Latina y autodidacta. Sin embargo aquello que ella llamaba tesón y Gabriela Mistral «violencia vital», la catapultaba constantemente hacia ambiciosos horizontes.

Por la otra, hemos intentado seguir en *Sur* el rastro de una construcción en altura, que al presentar obras y autores de incuestionable valor en las letras, pudiera ampararla de sus propias faltas literarias. *Sur* fue su refugio y su proyección en la muerte. Ese lugar desde donde intentó «justificar su vida y hacérsela perdonar» y a través de *Sur* se amparó en las cientos de publicaciones que fueron su descendencia y que dieron muestra de la riqueza de América Latina, en el más vasto sentido.

Bibliografía

- Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs As, Ariel, 1997.
- Arendt, H. *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Fourier, Ch. *El Falansterio*. Bs As, Editorial Intermundo, 1946.
- Jónasdóttir, A. *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Barcelona, Cátedra, s/d.
- Kant, E. *Anthropology du point de mepragmatique*. Paris, Vrin, 1964.
- King, J. *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Matamoro, Blas. *Genio y figura de Victoria Ocampo*. Bs As, Eudeba, 1986.
- Mili, J S. *The Subjection of Women*. Londres, Everyman's Library, 1977.
- Mistral, G. «Victoria Ocampo», en Scarpa, Roque (comp) *Gabriela piensa en...* Santiago de Chile, Andrés bello, 1978.
- Ocampo, V *Testimonios. Primera serie*. Madrid, Rev. de Occidente, diciembre de 1934.
- Virginia Woolf en su Diario*. Bs As, Ed. Sur, 1954, p. 11.
- Testimonios. Séptima Seña*. Bs As, Sur, 1967.
- Testimonios. Décima serie, 1975-1977*. Ba As, Sur, 1978.
- Autobiografía I. El archipiélago*. Bs As, Ed. Revista Sur, 1979. pp 10-13.
- Testimonios. Segunda Serie, 1937-1940. La mujer y su expresión, 1936*. Bs As, Ed. Sur, 2° Edición, 1984.
- Páginas dispersas de Victoria Ocampo*. Bs As, Sur, enero-diciembre 1985.
- Testimonios. Series Sexta a Décima*. Bs As, Sudamericana, 2000.
- Omil, A. *Frente y perfil de Victoria Ocampo*. Bs As, Ediciones Revista Sur, 1980.
- Revista Sur. N° 326-327-328. Enero -Jumo de 1971. Bs As, Ed. Sur, 1971.
- Rousseau, J.J. *Emilio o De la educación*. Cap. V *Sofía, o la mujer*. Madrid, Alianza, 1993.
- Sarlo, B. *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Bs As, Ariel, 1998.
- Villalordo, O. *El grupo Sur. Una biografía colectiva*. Bs As, Planeta, 1993.